

DOMINGO 24 DE DICIEMBRE DE 2006

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

COLECTA

Dios todopoderoso, te suplicamos que purifiques nuestra conciencia con tu visitación diaria, para que, cuando venga tu Hijo Jesucristo, encuentre en nosotros la mansión que le ha sido preparada; quien vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

LECTURAS:

PRIMERA LECTURA MIQUEAS 5:2-4

SALMO 80:1-7

EPÍSTOLA HEBREOS 10:5-10

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 1:39-49

COMENTARIOS:

I

Miqueas, de quien está tomada la primera lectura, nació en Mreset-Gat, una aldea de Judá. Vivió en el reinado de Ezequías. Cuando el modesto profeta llegó a la corte, se encontró con Isaías, de quien al parecer recibió influjo literario, aunque siempre conservó su estilo personal.

Miqueas atacó sobre todo a los poderosos que abusan del pobre para robar y oprimir, a los jueces corrompidos, pero compuso también magníficos poemas de salvación, entre los que sobresale la profecía sobre Belén. El Mesías esperado nacerá en Belén, pequeña población de Judá y hará que los seres humanos puedan vivir tranquilos y Él será nuestra paz.

La **segunda lectura** está tomada de la carta a los Hebreos. Su autor compara la obra cultural de Cristo con la del Antiguo Testamento, y el sacrificio de Cristo con los antiguos “sacrificios” religiosos. A través de esta comparación se nos muestra con profundidad la naturaleza y finalidad de la encarnación. El sacrificio de Cristo tiene lugar de una vez para siempre y no consiste tanto en la inmolaición de una víctima, cuanto en la comunión con el Padre, a la que todos somos invitados. En lo sucesivo no habrá una religión de ceremonias y de ritos, sino una religión “en Espíritu y en Verdad”. La voluntad de Dios no ha sido la muerte del Hijo, sino el hacer partícipe a su Hijo de la condición humana con el suficiente amor para que todo lo humano quedara transformado. La sangre del Hijo, más que ofrenda para aplacar a un Dios justiciero, es don a los seres humanos de un Dios lleno de amor. Nuestra santificación consiste en vivir “en Espíritu y en Verdad” esa amistad con Dios. Aquí radica la esencia del Espíritu religioso.

Acercarse a celebrar el nacimiento de Jesús conlleva recordar la condición de mujer y la fe de María. El episodio llamado de la visitación, del **evangelio de Lucas** nos relata el encuentro de dos mujeres madres. María, la galilea, va a Judá, la región en la que un día el hijo que lleva dentro de

ella será rechazado y condenado a muerte (Lc 1,39). Ante el saludo de la joven, el niño que Isabel está a punto de dar a luz “salta de gozo” (vv. 41 y 44). La madre alude poco después a lo que siente dentro de sí; se trata de la alegría del niño –el futuro Juan Bautista- alrededor de quien habían girado hasta el momento los acontecimientos narrados en este primer capítulo de Lucas. Juan cede ahora el paso a Jesús. El gozo es la primera respuesta a la venida del Mesías. Experimentar alegría porque nos sabemos amados por Dios es prepararnos para la navidad.

Isabel pronuncia entonces una doble bendición. Como ocurre siempre en manifestaciones importantes, Lucas subraya que lo hace “llena del Espíritu Santo” (v. 41). María es declarada “Bendita entre las mujeres”(v. 42), su condición de mujer es destacada; en tanto que tal es considerada amada y privilegiada por Dios. Esto es ratificado por el segundo motivo del elogio: “Bendito el fruto de tu vientre” (v.42). Este fruto es Jesús, pero el texto subraya el hecho de que por ahora está en el cuerpo de una mujer, en sus entrañas, tejido de su tejido. El cuerpo de María deviene así el arca santa donde se alberga el Espíritu y manifiesta la grandeza de su condición femenina. En su visitante, Isabel reconoce a la “madre del Señor” (v 43), aquella que dará a luz a quien debe liberar a su pueblo, según lo anunciaba el profeta Miqueas (5,2-5).

Bendecir (bene-dicere) significa hablar bien, ensalzar, glorificar. Con anterioridad al nacimiento de Jesús, aparecen en los evangelios bendiciones por parte de Zacarías, Simeón, Isabel y María. Todos bendicen a Dios por lo que hace. Pero, al mismo tiempo, Jesús bendice a los niños, a los enfermos, a los discípulos, al Padre. Toda bendición va dirigida a Dios. La oración de bendición es, sobre todo, alabanza de acción de gracias. De este modo celebramos la Eucaristía. Pero también la bendición se extiende a todas las criaturas incluso a las inanimadas: ramos, ceniza, pan y vino. Son bienaventurados los santos y especialmente “bendita” es María, la madre de Jesús.

El Espíritu Santo ayuda a Isabel a pronunciar una bendición: “¡Bendita eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre!”. Desde entonces, millones de veces lo hemos dicho todos los cristianos en el “Ave María”. Son benditos, bienaventurados o dichosos los que creen en Dios, los que practican la Palabra, los que dan frutos, los pobres con los que se identifica Jesús.

María creyó. Ésta fue su grandeza y el fundamento de su felicidad: su fe. María se convierte en maestra de la fe, aceptando cuanto se le anuncia de parte de Dios aunque ella no se pudiera explicar el modo como se realizaría aquel plan. Toda la vida de María se fundamenta en su fe, en la adhesión que ha prestado desde el primer momento a la revelación que llegó hasta ella.

II

MODELO DE MUJER

Durante muchos años, en libros y devocionarios, en sermones y prédicas, desde púlpitos y ambones, se ha propuesto a María, la Virgen María, como modelo de mujer. Sus virtudes domésticas, su virginidad, su sencillez y sumisión a la voluntad de Dios y a su esposo se divulgaban a los cuatro vientos para que todos -en especial las muchachas de tierna edad- miraran hacia ella e imitaran el modelo.

No ha pasado mucho tiempo desde que párrafos como el que voy a transcribir, sacado de un libro de meditaciones, alimentaran la espiritualidad de jóvenes y mayores. Decía así:

«María es modelo de mujer. ¡Qué amor al retiro de su casita! Si sale de su casa es por caridad, como en la Visitación, o por espíritu de obediencia, como ir a Belén, a Egipto o al templo de Jerusalén. Nunca emprende viajes por puro pasatiempo. Contéplala en la calle y observa su recogimiento

interior, manifestado en la modestia de sus ojos y de todos sus ademanes. Persuadida de que es templo de Dios, no se disipa con el trato social. Finalmente, mírala en las ocupaciones de su casa: aun en los días de ahogo, de mucho trabajo, cómo sabe santificarlo con la presencia de Dios, que ni por un momento pierde... »

Páginas antológicas como ésta llenaban los libros de meditaciones para fieles devotos, proponiendo un modelo de mujer válido tal vez para el pasado, para los tiempos en que la mujer tenía por marco de vida su casa, y por única norma la obediencia y sumisión al marido, trayendo al mundo 'los hijos que Dios quiera', que vaya usted a saber si los quería Dios o no...

Una falsa lectura historicista de las contadas páginas evangélicas dedicadas a María la presentó como la mujer que estuvo siempre bien informada, con hilo directo celestial, con plena conciencia desde el primer momento de lo que en sus entrañas se gestaba; con una clarividencia que hacía de su fe en Dios una evidencia más que una búsqueda entre oscuridades, como es la fe de todos los humanos que se introducen por los senderos del evangelio.

Se proponía así imitar a María, copiar ese modelo, y trasladarlo a nuestra época y a nuestra vida. Ojalá que no sigamos cayendo en esa tentación. Porque lo que había en María de inculturación en una sociedad y tiempo ya pasados no debe seguir siendo imitado. En aquella sociedad, la mujer no se situaba en paridad de derechos y deberes con el varón, ni tenía acceso salvo rarísimas excepciones al mundo de la cultura. La mujer se definía como esposa y madre -en el caso de María, como esposa y Madre-Virgen, más difícil todavía-, debiendo desarrollar su trabajo, sólo y exclusivamente en el ámbito familiar y casero, a la sombra del varón.

¿Podemos seguir llamando a María 'modelo de mujer' hoy? Sí, pero si no la tomamos como modelo estático, como algo que hay que reproducir al pie de la letra. Dicho de otro modo: María es modelo de mujer no tanto por la situación concreta socio-cultural que vivió -perteneciente ya al pasado, irreproducible en el presente-, sino porque supo vivir y asumir las circunstancias que le tocaron en suerte vivir, siendo fiel a Dios y al hombre en todo momento.

Isabel, su prima, dio en la clave: «Dichosa tú porque has creído. Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,45). María es modelo de creyente que da una respuesta a Dios en su ambiente y en su tiempo. El modo de esa respuesta tiene que ser hoy distinto de ayer. Los tiempos han cambiado.

=====

www.servicisokoinonia.org

<http://perso.wanadoo.es/laicos/eucaristia/20061224.htm>